

Carlos Rojas

Alfonso de Borbón habla con el demonio

La vida de Alfonso XII contada por él mismo,
entre las realidades de la Historia y las atormentadas
fantasmagorías de sus sueños.



En un largo soliloquio, el rey Alfonso XII hace un recuento de su vida en el que la historia de España se entremezcla con sus sueños, sus inquietudes y sus recuerdos personales: la guerra carlista y los amantes de su madre Isabel II, las intrigas de los políticos y los numerosos amoríos del monarca, sus presentimientos de un trágico final y sus dos matrimonios con Mercedes y María Cristina. El conjunto ofrece un inesperado y sugestivo retrato del monarca, entre la biografía y la imaginación novelesca, que profundiza en un apasionante período de la historia de nuestro país, reflexionando con aguda inteligencia y oportunos toques irónicos sobre el paso del tiempo, el amor, el destino...

Carlos Rojas pone una vez más sus grandes dotes de escritor al servicio de un tema histórico para mostrar en toda su dramática desnudez la contradictoria vida de un hombre que fue de una manera lúcida y sensible el rey de los españoles.

MADRID

16 de enero, 1875

A caballo blanco, como se lo prometiera a Mercedes, hice mi entrada en Madrid.

A caballo blanco, *Segundo* de nombre, amblador y marchoso que no tordillo y menos canelo cuatralbo, como luego bisbisearán los envidiosos, volví anteayer a la Villa y Corte. A mis muy mozos diecisiete años, era yo al fin rey triunfante de oros y centíberos, según dice sonriéndose malignamente Pepe Alcañices.

Un solo cañonazo coreó el silbido de salida de mi tren de Aranjuez. En seguida se apercibirían en Madrid las tropas que iban a honrarme el recorrido, desde Atocha al palacio de Oriente. Mi espejo a cuestas, la memoria implacable que nada omite para mi calvario o regalo, las refleja a todas cuando las nombro. Formaban ante la estación dos escuadrones del regimiento de España, en tanto me acogían la llegada a Atocha las veintiuna salvas de ordenanza, a las doce dadas y sonadas. Aguardábame en el paseo de Trajineros otro escuadrón de Calatrava. Prado arriba me flanqueaban fuerzas de Artillería montada e Ingenieros, con su tren de Telégrafos. En la calle de Alcalá, cuadráronse otros escuadrones de Artillería y de puentes de barca. Alumnos de la Escuela de Ingenieros y un tercio de la Guardia Civil rendían banderas en la Puerta del Sol. A los batallones de reserva de Granada, Toledo y Guadalajara les cupo en suerte la calle Mayor. En la de Bailén paraban los cadetes de Infantería y una última sección de artilleros a pie.

Milicias de voluntarios realistas recibíeronme en palacio, por la puerta de la Armería.

Me sirvieron de séquito las más afamadas lanzas del país. Como comandante general de alabarderos, cabalgaba a mi espalda don Juan de la Pezuela, conde de Cheste: último verdugo de Dante en el infierno, como lo llama bizcando Cánovas del Castillo por haberse obstinado en traducirle *La Commedia* en verso. Precedía la Pezuela a una escolta de generales y capitanes generales, como Martínez Campos, Primo de Rivera, Novaliches, Jovellar, Pavía Rodríguez de Alburquerque, Ceballos, Echagüe y Terreros.

En mitad de la calle de Alcalá y al pie del cimborrio de las Calatravas, la iglesia remozada por Juan de Madrazo a instancias de don Francisco de Asís —digamos por decir mi padre—, me erigieron un arco triunfal de quitalpón, coronado por una cimera de gallardetes, banderines y banderas. Apiñada a lo largo del arroyo, me aclamaba la multitud. Madrid era un hervidero de gritos, colgaduras, doseles, cortinajes, tapices, guirnaldas, chales, mantones, cobertores, damascos y telas blasonadas. Por balcones y ventanas llovían flores, aleluyas impresas y cintas de colores. A los rostros y al vocerío, saludaba yo con la teresiana. Aun en mi gozo, era medio suplicio agitar el quepis. Lucía flamante uniforme de capitán general, cortado de lejos y con medidas aproximadas por un sastre de la Corte, llegado a Marsella cuando ya embarcábamos para Barcelona. De tan prieto por la axila, se me hendía la costura y parecían prestos a saltárseme los botones en el pecho.

—Celebremos la acogida que os dispensó este pueblo de insensatos —me dijo ayer Cánovas—. No os quepa duda de la sinceridad de su júbilo. Pero recuerde vuestra majestad que mayor fue todavía su entusiasmo en 1814, cuando regresó vuestro augusto abuelo Fernando VII del destierro, al cabo de la más atroz de las guerras. Lo recibieron al bramido siniestro de *¡Vivan las caenas!* Halagado sentiríase

el rey. Pero los despreciaría a todos, riéndose en las honduras del alma.

—Don Antonio, el desfile fue un teatro con la ciudad por escenario, concluida la zarzuela, ahora empieza de verdad mi jornada. Pero no pretenda usted que escarnezca y menosprecie al pueblo como mi abuelo.

—Lamento discrepar. Pero la verdadera farsa comienza ahora, señor. Ayer tuvimos el último ensayo. Debemos convertir vuestro reinado en una parodia de la democracia británica, igualmente invulnerable a la revolución y al golpe de Estado.

Pero mientras yo desfilaba por la calle de Alcalá y bajo el arco de las Calatravas, entre artilleros y pontoneros, el escepticismo de Cánovas, en funciones de severo mentor, pertenecía aún al inmediato porvenir de la mañana siguiente. Por un instante, ensordecí y me ensimismé admirando el firmamento. Era casi niño, cuando me dijo Alcañices en París que lo peor de mi destierro era perderme yo el cielo de invierno en Castilla. *Ni en Francia ni en Viena, verás nada parecido.* A solas los dos, habíamos paseado hasta la cumbre de Montmartre. Allí paramos a contemplar los tejados, que la brisa y la atardecida recortaban a titubeantes tijeretazos en la neblina. *El azul, de tan claro, se crece y asciende. Las nubes, en cambio, son apaisadas y blanquísimas. Todo el desorden bulle de tejas abajo. Arriba, el contraste entre el azul tan alto y el blancor tan bajo impone una ordenada razón. Yo no acabo de comprenderla, la verdad. Pero va a fascinarte tanto como a mí mismo.*

Nubes, no las hubo. Todo era clara luz de invierno, dorándome los vítores y las calles. De tan brillante, diríase barnizado el cielo a muñeca y puesto a secar al sol. Entre las calles del Turco y del Barquillo, frente a mi efímero arco triunfal, pensé que nevaba la noche del 27 de diciembre de 1870, cuando por allí cruzaron a todo correr, con el general Prim, arcabuceado y desangrándose. De Prim y de su atentado, parte de una historia pasada aunque no fundida con

la nieve, volvía a hablarme Pepe Alcañices, duque de Sesto, la víspera en Aranjuez.

—Cerrada la noche, sobre las siete y media, dejó Prim el Congreso por la puerta de Floridablanca. Al amparo de un paraguas, cobijábanse de la nevada dos desconocidos. Uno de ellos echó a correr hacia la calle del Sordo, en cuanto lo vio subirse al coche. Estaba en la conjura y anda empapelado en el sumario. Él avisó a sus secuaces, que aguardaban en la calle del Turco. El caballero con quien compartía el paraguas resultó inocente. Tratábase de un papanatas, que casualmente paróse en el arroyo al ver salir al general de las Cortes.

—Pepe, la verdad y el vino sin aguar. Cántamela llana, caiga quien caiga, como siempre lo hiciste. ¿Tuvimos que ver con aquel crimen?

—Supongo que no —pensativo, sacudía la cabeza—. Pero no pondría las manos en el fuego por vuestro tío, el señor duque de Montpensier ni tampoco por Serrano, aunque sea el sumario una maraña de preguntas sin respuesta. Con Prim hablé por última vez, otra tarde del invierno anterior. Mediaba febrero y le llevaba una carta de vuestra augusta madre. Ella le propuso ser primer ministro, si os reconocía por rey. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!, me gritó verde de ira, con sus vocales de puro payés catalán, rajadas como granadas. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!, repetía en las Cortes, refiriéndose al regreso de la casa de Borbón al trono —reía-se Alcañices, regodeándose luego con los ojos entornados como gato en la solana—. La acertó de lleno, el pobre. En paz descanse.

—En paz, y dime ¿por qué no me tuteas, como aún ayer lo hacías? Como cuando era niño.

—¡Nunca! —volvió a sonreírse—. Que ya soberanea su majestad, por derecho propio. Mal que le pese a Prim, en los infiernos.

—Me hablas y no te reconozco. Me sueñas a un extraño.

—También su majestad lo es en esta tierra, de donde falta desde los diez años. Pronto advertirá que aquí las palabras cobran un sentido muy distinto del que se les supone. Pensad, señor, en el *jamás* de Prim o en voces como libertad y democracia. Me temo que ahora le toque a vuestra majestad aprender aceleradamente el castellano, como antes estudió idiomas ajenos. Por suerte tiene una memoria privilegiada. No conozco otra como la suya.

De Prim, muerto, pasé a Amadeo I: el rey de los Saboya que él se trajo y le votaron las Cortes. Amadeo el único, porque luego abdicaría la Corona. *Questo non è un paese! Questo è una gabbia di pazzi!* (¡Esto no es un país! ¡Esto es un manicomio!), gimiendo apuró el cáliz de sus tres años de reinado. Después, en nombre propio y en el de todos sus descendientes, renunció al trono. Lo había aceptado invocando la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque fuese masón conocido, según me contaba Cánovas. Que Dios lo guíe y lo bendiga.

Cánovas había ido a París para aceptar la jefatura de mi partido, del alfonsino. Aunque los dos se odiaban, de mal grado se la cedió mi madre, la reina. Ella había pensado antes que me apadrinaran la demanda aquellos de quienes aún sospecha Pepe como sayones de Prim: mi tío Antoine de Montpensier y el general Serrano, duque de la Torre, quien debió de haber sido su primer amante en otra vida. Como lo cortés no quita lo valiente, luego contribuyó Serrano a destronarla en 1868. Pero a todos se impuso Cánovas, a demanda de Pepe Alcañices.

No hace ni dos años, apenas amanecido un agosto que fundiría los cantos de París, en el palacio de Castilla juntáronse con mi madre y conmigo mi hermana Isabel, Pepe, el general Reina, el marqués de Molins, Alejandro de Castro y Jacinto Ruiz. Cánovas exigía que le firmásemos la encomienda mi madre y yo. *Habiendo consultado a personas de cuya lealtad y desinterés no podemos dudar, hemos creído conveniente conferirte plenos poderes para dirigir, en mi*

nombre y en el de mi amadísimo hijo, nuestra justa causa, procurando su triunfo por cuantos medios y recursos puedas.

Jacinto Ruiz redactó la última versión de aquella carta, empedrada de adverbios y gerundios. A los pocos días, compareció Cánovas a firmar su aceptación. Me asombraron sus espantosos chalecos rameados como indianas, su estrabismo detrás de los gruesos quevedos y los mostachos de foca, sobre la mosca del mentón, cobijándole el dejo malagueño, que aún conservaba. Estipulado o impuesto un encuentro a solas conmigo, empezó a hablarme como a un adulto a mis pobres quince abriles, como si él fuese mi omnisciente abuelo y al igual que el centauro educaría a Aquiles. Acerca de don Amadeo y su renuncia, reflexionaba en voz alta:

—*Vidi e connobi l'ombra di colui / Che fece per viltà il gran rifiuto.* (Vi y conocí la sombra de quien hizo la gran renuncia por cobardía.) Aunque parezca mentira, no aludía el poeta a don Amadeo sino al papa Celestino V. El que abandonó el solio de san Pedro a los cinco meses de reinado y con cuyo espectro se tropieza Dante a la entrada del infierno —suspiró encogiéndose los hombros—. Todo ello parece terriblemente eterno y muy italiano. Si en España proclaman la República en 1868, después de la revolución, me temo que hubiese persistido y prevalecido. Se opuso siempre Prim. Les repetía que al régimen le faltaban precedentes y partidarios. Menos los tendría, pienso yo, la importación de un rey desde Italia. Algún día, jugando al rentoy o a la mona en el vestíbulo del abismo, podrá comentar todo aquello don Amadeo con Celestino V.

Según me contaron, por contraste con el sol de anteayer, también neviscaba el 2 de enero de 1871, cuando Amadeo llegó a Madrid. Serrano lo esperaba en la estación y lo condujo al santuario de Atocha. Allí yacía Prim, de cuerpo presente y embalsamado. Largo tiempo se embebeció el rey, frente al cadáver. Supongo lo asaetearía a mi-

radas la rencorosa clérigalla. Salido de una urna y por voluntad del muerto, llegaba el monarca masón. Era hijo de Vittorio Emmanuele II: el usurpador excomulgado, que le arrebató los dominios al Santo Padre para encerrarlo en el Vaticano. Nevada volvióse la nevisca, mientras subía Amadeo por el Prado hacia el Congreso. Saludaba a sombrerozos a los pocos madrileños ateridos, que lo aplaudían en los portales y al socaire de los balcones.

Del Congreso retiráronse aquella tarde mis diputados, con los carlistas y republicanos. Pero juraría el rey la Corona, entre sardónicas sonrisas de sus propios fieles. Nunca supo el castellano y se le trababan las íes griegas y las jotas. Por no decir nada de nuestras erres, arrastradas por el aire como serones vacíos. *Lo jugo y pgmeto*. Jurado que hubo y siempre bajo la nieve, lo llevaron al palacio de Buenavista, donde presentó sus respetos a la viuda de Prim. Pudo recurrir entonces al francés, para su consuelo.

—*Madame, je vous promets que je trouverai l'assassin de votre mari.* (Señora, le prometo encontrar al asesino de su marido.)

—*Je vous remercie, Votre Majesté.* (Mucho se lo agradezco a su majestad) —repuso la viuda y añadió contemplando a Serrano de hito en hito—: *Vous n'aurez pas à chercher très loin.* (No tendréis que buscar muy lejos.)

De todo me desentendí al llegar a palacio. Tan pronto el viejo Ceferino Rodríguez y su ayudante de ayuda de cámara, Prudencio Menéndez, me despojaron del uniforme y descalzaron las botas, me sentí libre de recuerdos y recuerdos de recuerdos: los que se imbricaban como tejas con las memorias de la tarde. A solas al fin, envuelto en una bata, en zapatillas y caído en una poltrona, fumaba mirando el crepúsculo sobre el Campo del Moro. A la puesta, encendíanse los cielos de enero como si fuesen de estío. Volviéronse primero de cinabrio, luego de ópalo, por último de lacre ardiente. Antes de que las sombras, amoratadas como los viejos espejos, devoraran los cielos.

También deslucíanse y apagábanse, a girones, el tren que me trajo de Aranjuez, el arco de triunfo de las Calatravas, los escuadrones de ingenieros, de artilleros, de milicianos, mi caballo blanco, *Segundo* de nombre, y hasta el distante recuerdo de Mercedes. Pero con todas las memorias de mi regreso triunfal, definitivamente extinguidos sol y clamores, íbanse las nieves de Amadeo y de Prim, los chalecos de Cánovas y hasta el papa Celestino V —el del *gran rifiuto*—, muerto desde hacía medio milenio, jugando a las cartas con Amadeo, vivo, detrás de las puertas del infierno.

Desoyendo las fervientes protestas de Ceferino, no cené aquella noche y exigí soledad y silencio hasta la mañana siguiente. Sentíame libre y desasido como un traje vacío. Pero no pude por menos de preguntarme qué haría yo, de pronto abandonado por voluntad propia en aquel palacio tan grande. Algún propósito oculto, muy ajeno a mi reinado, me devolvería a sus viejas estancias. Cerré los ojos y, como si a mí mismo me repusiera, me dije en voz alta:

—Vine a buscar los fantasmas de mi niñez.

Afinando el oído, comencé a sentirles las voces. Para beberles las palabras, bajé el pábilo de la lámpara, prendida a mi lado sobre un tresillo. Luego corrí las cortinas sobre la ventana, que ya daba a la noche en el Campo del Moro. Aun a mis diecisiete años, como quien dice casi sin tiempo de haber vivido, parecían venirse las voces de rondón desde un siglo distinto. De una época poco menos que legendaria, donde yo no era yo sino el espectro de un niño —siempre afligido por toses, trancazos y catarros, con palidez de cirio, ojos negros como tizos y diabólica memoria— a quien llaman príncipe de Asturias.

Voces de mi dómine en religión, el padre Cayetano Fernández de la Congregación de San Felipe Neri, quien a diario me cantaba misa a las nueve y media de la mañana, confesándome semanalmente, y todas las tardes, a las tres en punto, me instruía en catecismo y vidas de santos. Voces de mi profesor de lectura y escritura, don Cayetano Castilla,

reprimiéndome por echar borrones en los dictados. O abriendo los ojos de pasmo y de espanto, cuando le repetía de memoria largos poemas, a la primera presurosa lectura. Para decirle en seguida que no los comprendía; pero los recordaba al verlos sin mirarlos, tal como andaban impresos en mi libro de *Elocuencia y moral*. Voces de mi mayordomo y caballero mayor, el general y marqués de Novaliches, y de dos gentilhombres a mi servicio, Guillermo Morphy y Bernardo Ulibarri, cuando juntos me llevaban de paseo al Retiro. En el parque, sonreía meneando la cabeza don Bernardo. A la chiticalla, desaprobaba la llaneza y soltura de lenguaje de su compañero, mientras yo me partía de risa y contaba Guillermo Morphy:

—Aquí estuvo la gran pajarera en tiempos de Felipe IV. Pasaba entonces por la mayor del mundo, aunque faltarían en la jaula el fénix y el ave del paraíso.

Una tarde de Epifanía, cuando veníase a inaugurarla con un bufoncillo de la Corte el conde-duque de Olivares, verdadero amo y señor de toda España a la sazón, lo arcabucearon desde las acacias del Prado. Tumbaron la carroza, partiéndole tres radios de una rueda, y les volaron la cabeza al tordo y al cochero del conde-duque. Se dieron a la fuga los sicarios enmascarados y jamás los hubieron. De la carroza caída, saliéronse por la ventanilla el enanito y el valido. *¡Favor! ¡Favor! ¡Que me matan!* —chillaba el gallina de Olivares—. *¡Cielos, cielos que me apuntillan sin confesión los muy cabrones!* —gemía el gracioso.

Voz queda, gris y sumisa, talmente como él mismo, era la del tercer gentilhombre a mi servicio: don Isidro Losa y de la Cruz. Mi madre, que siempre tuvo flaqueza por los lacayos, cuando no la sentía por valentones atigrados, colmó de mercedes a aquel hombrecito ventrudo, entrado en carnes, ceniciento y bigotudo. Fue ujier, secretario de cámara, mayordomo de semana, palaciego de casa y boca. Hace tres años, don Isidro me acompañó voluntariamente a Viena, con Ceferino, Guillermo Morphy y el general Tomás

O’Ryan, cuando fui a estudiar al Theresianum. Vagando con los cuatro una tarde de domingo por el Prater, se me ocurrió preguntarle a Guillermo si era cierto lo del conde-duque, el bufón y los cabritos trabucaires.

—La pajarera y el atentado lo son. Las súplicas del bufoncito y los cuernos de los rufianes quizá los imaginé sin advertirlo, o me los inspiraron dioses burlones. Aclárelo su alteza con Cánovas, que todo lo sabe sobre los Austrias y su decadencia. Lo de la puntilla, me suena un poco anacrónico. Cuadra con la época de Pepe-Hillo y de Costillares, no con la de Felipe IV, aquel rey tan amante de monjas y comediantas.

Como antes don Bernardo Ulibarri en el Retiro, circunspecto sonreíase en el Prater el general O’Ryan. Fruncido el ceño entrecano, contemplaba don Isidro Losa a Guillermo. Siempre lo tuvo por loco, porque pocas veces comprendía de qué hablaba. Aborrecíalo tanto como le envidiaba la gente de nota que había tratado, los varios idiomas de que se valía y la soltura de sus improvisaciones al piano. Celos venenosos también se los tendría, por ser el único de mis tutores a quien yo tuteaba. Que ya de niño sabía por instinto que el tuteo resérvano los reyes civilizados para los más íntimos.

Voces, voces que de nuevo retroceden hasta antes de la revolución y de nuestro destierro. Susurros de abacero servil de don Isidro, tan preocupado por mis toses, mis cacas, la fiebre y la afonía que me encamaban todos los inviernos. Risas chillonas y trinos como campanilleos de mi madre. Ella sí tuteaba a todo cristo, por ser la soberana. Sus ojos azules, tan distintos de los míos, miraban a hombres y mujeres con inquieto desparpajo, para decirles distraídamente: *Te quiero mucho. Te quiero mucho.* Tono y timbre, templados por la ironía o por la mal contenida ira de Guillermo Morphy, en tanto hablaba con mi madre y yo los escuchaba, oculto tras la puerta del real gabinete privado.

—Señora, Isidro Losa escribe con faltas que cantan el credo y parten el alma. Solo se desvive por traerse obispos de la primera silla, para que el príncipe de Asturias les recite la catequesis y ellos se la aplaudan. Me pregunto si educamos a un rey en ciernes, a un teólogo o a un monago sacristán. ¿De dónde viene esa alma de cántaro, ese analfabeto de don Isidro?

—Guillermo, ya sabes que te quiero mucho. Pero no seas delator. No me gustan los búhos soplones. Además Isidro es un santo. Trabajaba en la cerería preferida de las concepcionistas de Jesús de Medinaceli, cuando allí profesaba sor Patrocinio. Ella lo conoció, comprándole velas para el altar de la Virgen del Olvido y de la Misericordia. Por sus muchas virtudes, aunque no por su erudición, lo recomendó la monja a mi marido, el rey. Yo lo hice gentilhomme de casa y boca, porque me encanta que me hable de Patrocinio y sus prodigios, en tanto almuerzo mi arroz con pollo azafranado.

—¡Dios sea loado, señora! ¡Esto es peor de lo que yo pensaba! —Guillermo Morphy, el caballero Morphy como yo lo apodé, sacudía la delgada cabeza y las cuadradas y renegridas barbas. Ya le blanqueaba entonces la amplia calva, sonrosándosele al sol como si fuese de alabastro.

—No te atormentes, tonto, que todo se arreglará. Además te inquietas por nada. Faltas en la escritura las cometo yo. Acaso tantas o más que don Isidro Losa. No deberías envanecerte de la esmerada educación que te dieron ni despreciarnos a nosotros, los pobretes que no gozamos de tu privilegio. No obstante, canto como los ángeles y muchas veces me alabaste la voz. Vaya, si no mentías entonces.

—Yo no miento nunca, si puedo remediarlo. Por esto, con el corazón en la mano, os confieso que don Isidro es un lelo. La monja le torció la carrera, porque su auténtica vocación es la de cerero, aunque él lo ignore —en seguida cambió de tono y de tercio. Adelgazada, se le ensombrecía la

voz—. Su alteza, el príncipe, me preocupa. En cierto modo, no acabo de comprenderlo. Como su majestad lo sabe mejor que nadie, es un niño inteligentísimo. Recuerda cuanto lee, desde que aprendió las primeras letras. Pero también parece presentir el porvenir y entonces me da escalofríos oírlo. Casualmente le conté que vuestros augustos abuelos, don Carlos y doña María Luisa, perecieron desterrados en Italia. Me dejó atónito, al replicarme en seguida: *A mí me tocará un día morir en El Pardo*. Le pedí sus razones para decirlo y afirmó desconocerlas. Luego se fue a jugar con el cometa, porque estábamos en los parterres del Campo del Moro.

—Sosiégate. Los niños dicen lo primero que se les ocurre.

Voces, voces.

Dirán los niños lo primero que se les ocurre. Y acaso, al igual que los locos, proclamen verdades. No se me olvida aquella cometa. Me la trajeron de París los padres de Mercedes, mis tíos Montpensier. Si bien mi madre no podía verlos y a gusto les hiciera la cruz para siempre, aquí pararon, de viaje ellos a su palacio de San Telmo en Sevilla. Llevaba la cometa una cola larguísima, adornada con flamantes banderolas de papel y era manchú auténtica, según mi tío Antoine. Adjuntas, en un sobre, veníanse las instrucciones para hacerla volar y la traducción de los caracteres chinos, estampados en la tela. Los leyó despaciosamente mi tío, con aquel acento de *boulevardier à l'ombre du Temple de la Glorie* (de paseante a la sombra de la Madeleine) que jamás perdiera, amusgando los ojos almendrados que de mandarín y no de francés parecen.

—Sueños y demonios se empeñan en hacernos creer que no existen.

Sueños, demonios, voces.

Estoy seguro de que algún día iré a apagarme a El Pardo. Ignoro cuándo, claro. Si pudiese penetrar en todo mi porvenir, sería como un dios. Un dios ido, por contraste con